



---

SERIE · FE Y ESPACIO PÚBLICO

# LA ABOMINACIÓN QUE REGRESA

El fundamento que hizo de Occidente una civilización de la vida, y por qué hoy vuelve a estar en disputa.

---

**Josué Candelaria**

ACCIÓN CONSERVADORA POR MÉXICO

Cuadernillo · 2026  
[accionconservadora.org](http://accionconservadora.org)

## I. El altar que no vemos

**H**ay una convicción que damos por tan evidente que ni siquiera la enunciamos: que un niño no es moneda de cambio. Que ningún poder, por grande que sea —el Estado, el mercado, la tribu, los dioses—, tiene derecho a disponer de la vida de un inocente para asegurar su propio provecho. Nos parece una verdad tan obvia como que el agua moja. La tratamos como sentido común, como un dato de la razón universal, como algo que cualquier persona sensata reconocería en cualquier época y en cualquier lugar.

No lo es. Y ese es, quizá, el malentendido más profundo de nuestra civilización sobre sí misma.

Durante la mayor parte de la historia humana, en casi todos los rincones del planeta, la idea contraria fue la norma. Ofrecer lo más valioso que se tenía —incluido el propio hijo— para aplacar a una divinidad, garantizar la cosecha o comprar la victoria no era una perversión de fanáticos aislados. Era religión de Estado. Era piedad. Era, para quienes lo practicaban, lo correcto. El padre que entregaba a su primogénito al fuego no se veía a sí mismo como un monstruo, sino como un hombre devoto que cumplía con un deber sagrado y terrible.

Que hoy nos resulte impensable —que la sola descripción del acto nos produzca náusea moral— no es prueba de que hayamos evolucionado espontáneamente hacia la bondad. Es prueba de que heredamos algo. Vivimos, sin saberlo, del otro lado de una revolución. Nadamos en un agua que alguien vertió, y como todo pez, no vemos el agua.

Este ensayo trata de esa revolución. De cómo una pequeña tradición del Cercano Oriente rompió, primero en teoría y luego en la práctica, con la lógica más universal y arraigada del mundo antiguo: la del sacrificio. De cómo esa ruptura vació los altares de imperios enteros no por la fuerza de las armas, sino por la fuerza de una idea. Y de cómo el legado de ese vuelco —la dignidad intransferible del vulnerable, la igualdad de todos ante una ley moral, la defensa del débil frente al fuerte— se volvió el suelo invisible sobre el que camina Occidente.

Pero también trata del presente. Porque una civilización que olvida de dónde viene su moral no la conserva por inercia. La raíz cortada permite disfrutar del fruto un tiempo, pero no para siempre. Y hoy, en debates que creemos inéditos y modernísimos, vuelve a asomar, con lenguaje nuevo y ropa limpia, la vieja lógica pagana que aquella revolución vino a abolir. Reconocerla es la primera batalla.

## II. El tofet: la evidencia de la abominación

---

Para entender la magnitud de lo que se derribó, hay que mirar primero lo que existía. Y aquí conviene ser rigurosos, porque en este terreno la leyenda ha corrido siempre más rápido que la evidencia. No hablaremos de rumores ni de propaganda; hablaremos de lo que la arqueología ha puesto sobre la mesa.

En las afueras de la antigua Cartago, la gran potencia fenicia del Mediterráneo occidental, los arqueólogos hallaron un recinto sagrado al que bautizaron con una palabra tomada directamente de la Biblia hebrea: \*tofet\*. Es un cementerio ritual. Contiene miles de urnas. Y dentro de esas urnas hay restos cremados de recién nacidos y niños muy pequeños, muchas veces acompañados de corderos o cabritos, bajo estelas de piedra dedicadas a dos divinidades: Baal Hammon y la diosa Tanit. Recintos semejantes aparecen en otras colonias fenicias del Mediterráneo, desde Sicilia hasta Cerdeña.

Los autores antiguos ya lo describían con horror. Diodoro Sículo, historiador griego, cuenta que los cartagineses poseían una estatua de bronce de brazos inclinados desde los cuales los niños se deslizaban al fuego. Otros cronistas grecolatinos recogen tradiciones similares. Durante siglos se supuso que exageraban por hostilidad hacia el enemigo púnico.

Aquí es donde debemos ser honestos, porque la honestidad intelectual es lo que separa a un argumento serio de una consigna. Existe un debate académico real sobre el tofet. Algunos investigadores han sostenido que esos recintos podrían ser simplemente cementerios infantiles: lugares donde se enterraba con reverencia a los niños que morían por causas naturales, tan frecuentes en la altísima mortalidad de la antigüedad. La discusión no está cerrada del todo.

Pero el peso combinado de la evidencia inclina a la mayoría de los especialistas hacia la conclusión incómoda. Los análisis óseos indican que muchos de los restos correspondían a recién nacidos sanos, no a fetos ni a niños enfermos que hubieran muerto de causas naturales en proporciones esperables. Las inscripciones de las estelas emplean un vocabulario votivo: hablan de una ofrenda hecha en cumplimiento de una promesa, del pago de un voto a la divinidad. Y ese testimonio epigráfico coincide, no contradice, con lo que relataban los autores antiguos. Cuando la osteología, la epigrafía y las fuentes literarias apuntan en la misma dirección, la carga de la prueba se invierte.

No hace falta creer las cifras más escandalosas para reconocer el hecho central: en el mundo fenicio-púnico existió una institución religiosa que contemplaba la ofrenda de niños a los dioses. No como crimen clandestino, sino como culto. Y esa institución no

era una rareza púnica surgida de la nada. Venía de mucho más atrás y de mucho más lejos. Venía de la tierra de Canaán.

### III. La lógica del sacrificio: alimentar a los dioses

---

La pregunta que verdaderamente importa no es *\*si\** se hacía, sino *\*por qué\**. ¿Cómo llega una cultura entera —no un puñado de perturbados, sino un pueblo con sacerdotes, templos y leyes— a creer que sacrificar a un recién nacido es un acto piadoso? Solo entendiendo esa lógica interior podemos medir después lo revolucionario de su abolición.

El origen se rastrea en Canaán, la franja que hoy corresponde al Líbano, Israel, Palestina y Siria, al menos desde el segundo milenio antes de Cristo. Y la lógica era, en el fondo, una lógica de intercambio. El hombre antiguo observaba el mundo y veía por todas partes el mismo patrón: nada se da gratis. La tierra produce fruto solo si recibe agua. La vida se sostiene devorando otra vida. Todo es reciprocidad, todo es transacción.

Proyectó entonces esa gramática al plano divino. Si los dioses conceden el sol, la lluvia, la fertilidad y la victoria, el hombre debe devolverles algo que los sostenga a *\*ellos\**. ¿Y qué alimenta a un dios? No el pan, no el grano, sino aquello donde el pensamiento antiguo veía concentrada la fuerza vital misma: la sangre. La sangre era el asiento de la vida, la energía sagrada por excelencia. Ofrecerla era ofrecer vida en su forma más pura.

De ahí a la conclusión terrible hay un solo paso, y es un paso lógico. Si la sangre es lo que alimenta al dios, la ofrenda más poderosa será la que contenga más vida y más futuro: un ser humano. Y entre los seres humanos, el más valioso: el hijo, sobre todo el primogénito, la primicia, lo primero y lo mejor, la mayor concentración de porvenir que un hombre puede entregar. No se sacrificaba al hijo *\*a pesar\** de amarlo, sino *\*precisamente porque\** se lo amaba. Cuanto más dolía la ofrenda, mayor su valor ante la divinidad. La abominación tenía una coherencia interna escalofriante.

Los estudiosos observan que la propia palabra *\*molk\** —de donde deriva el nombre del dios Moloc— quizá no designaba en origen a una deidad, sino al *\*tipo\** de sacrificio, a la ofrenda misma. Con el tiempo, el rito se personificó en un dios que lo exigía. La costumbre engendró al ídolo, y no al revés.

Lo verdaderamente asombroso es que esta lógica no fue exclusiva del Cercano Oriente. Reaparece, sin contacto alguno, en el otro extremo del mundo. En nuestra propia tierra, la civilización mexicana desarrolló un sistema de sacrificio humano de gran escala sobre exactamente la misma premisa: la sangre alimenta a los dioses y sostiene el orden del cosmos. Los mexicanos creían que el sol, Tonatiuh, libraba cada noche una batalla contra

las tinieblas y necesitaba sangre para renacer al amanecer. Sin sacrificio, el universo se detendría. La ofrenda no era crueldad gratuita; era, en su cosmovisión, la responsabilidad aterradora de mantener el mundo en marcha. Aquí también hay matices que la investigación sigue discutiendo —sobre las cifras, sobre los ritos concretos—, pero el principio, documentado por la arqueología y las crónicas, es innegable.

Que dos pueblos separados por un océano y por milenios llegaran, por su cuenta, a la misma conclusión —que el hombre debe sangre a lo divino— nos dice algo hondo sobre la mente humana ante el miedo y el misterio. No es una desviación local. Es casi un instinto. Y eso vuelve mucho más extraordinaria la fuerza que fue capaz de quebrarlo.

## IV. La era axial: el mundo despierta a la ética

---

Ese quiebre no ocurrió de un solo golpe ni en un solo lugar. Formó parte de un fenómeno más amplio y desconcertante que los historiadores han llamado la *\*era axial\**: un periodo asombroso, situado a grandes rasgos entre los siglos octavo y tercero antes de Cristo, en el que, casi sin comunicación entre sí, distintas civilizaciones giraron su mirada del rito y del mito hacia la interioridad, la ética y la justicia.

En la India florecen el Buda y las especulaciones de los Upanishads. En China, la sabiduría moral de Confucio y el taoísmo de Lao-Tsé. En Grecia, los presocráticos y, tras ellos, la revolución socrática que traslada la filosofía del cielo a la conducta del hombre. Y en un pequeño pueblo del Levante, Israel, se alzan los profetas. Cada quien a su manera, todos apuntan en una dirección similar: lo que importa no es el gesto exterior, sino el estado del alma; no el humo del altar, sino la rectitud del corazón.

Conviene detenerse en una pregunta legítima: ¿bebieron estos maestros unos de otros? ¿Se alimentaron los profetas hebreos de corrientes vecinas? La respuesta más sobria es que un contacto directo resulta improbable. Las distancias, las lenguas y el aislamiento vuelven difícil imaginar un préstamo explícito entre Jerusalén y Benarés. Frente a la coincidencia, la historia ofrece dos lecturas. La del creyente ve una Providencia que prepara a la humanidad, desde varios frentes, para un salto moral. La del historiador secular la atribuye a condiciones sociales semejantes —la aparición de ciudades, de la escritura, del comercio, de grandes imperios— que empujaron a pueblos distintos hacia preguntas éticas parecidas. Ambas lecturas son compatibles con el dato: algo despertó, a la vez, en varios rincones del mundo.

Pero dentro de ese despertar común, Israel presenta un rasgo propio que lo distingue de todos los demás. Los sabios de Oriente buscaban, en general, que el hombre se elevara hacia lo divino o se disolviera en el todo cósmico. Los profetas de Israel proclamaban otra cosa: un Dios *\*personal\** y *\*moral\**, que no vive en la abstracción sino que

irrumpe en la historia y exige justicia social concreta. No una espiritualidad de retiro y contemplación, sino un clamor a favor de la viuda, del huérfano, del extranjero, del jornalero al que no se le paga. No la fuga del mundo, sino su transformación.

Ese matiz cambia todo. Porque coloca la ética por encima del rito, sí, pero además la ancla en la voluntad de un Dios que tiene rostro, que juzga y que ama. Y hace posible algo que en las demás cosmovisiones antiguas era impensable: que el propio rey esté sometido a una ley moral superior a él; que el pobre valga, ante esa ley, exactamente lo mismo que el poderoso. Fue una bomba silenciosa. Y su primera detonación tiene un nombre y una escena.

## V. "Detén tu mano": la ruptura de Abraham

La escena está en el capítulo veintidós del Génesis, y es probablemente el relato peor entendido de toda la tradición occidental. Un anciano, Abraham, recibe de Dios la orden de sacrificar a su hijo Isaac. Sube al monte, prepara el altar, ata al muchacho, alza el cuchillo. Y en el último instante una voz lo detiene: no extiendas tu mano contra el niño. Un carnero aparece atrapado en un matorral, y es ese carnero, y no el hijo, el que arde en el altar.

La lectura moderna, casi automática, se escandaliza de la \*orden\*. ¿Qué clase de Dios pide a un padre que degüelle a su hijo? Es una pregunta comprensible, pero está formulada desde el lado equivocado de la revolución. Para entender el relato hay que hacer un esfuerzo histórico enorme: hay que dejar de leerlo con nuestros ojos y leerlo con los de Abraham.

Abraham venía de Ur, del corazón de un mundo donde la ofrenda del primogénito no era una monstruosidad, sino una posibilidad piadosa perfectamente comprensible. En su universo mental, un dios que exigiera al hijo más amado no era un dios cruel: era, sencillamente, un dios serio, un dios de verdad. La orden, por dolorosa que fuera, resultaba \*inteligible\*. Encajaba con todo lo que un hombre de su tiempo sabía sobre lo divino. Lo esperado, lo religiosamente lógico, era obedecer.

Por eso el escándalo del relato no está donde creemos. Lo verdaderamente sísmico, lo que nunca había ocurrido, lo que le voló la cabeza a Abraham y a través de él a la historia, no fue que Dios pidiera al hijo. Fue que Dios lo \*detuviera\*. Ese "no" fue la novedad cósmica. En un solo gesto, el Dios de Abraham declaraba: yo no soy como los otros. Yo no me alimento de tus hijos. Yo no quiero tu sangre más preciada. La reciprocidad sangrienta, la transacción milenaria entre el hombre y lo divino, quedaba rota desde la raíz.

Y aquí aparece un giro todavía más profundo, del que el relato es apenas el primer indicio. En la vieja lógica, la flecha apuntaba siempre hacia arriba: el hombre subía sangre

al cielo para saciar a un dios hambriento. En el monte de Abraham, por primera vez, la dirección se invierte. Es Dios quien *\*provee\** la víctima: "Dios se proveerá el cordero", dice el texto. No es el hombre quien debe alimentar a Dios; es Dios quien pone el remedio. La flecha empieza a cambiar de sentido.

Nosotros leemos el escándalo al revés precisamente porque ya vivimos del otro lado de ese vuelco. Damos por sentado que sacrificar a un niño es impensable, y por eso nos parece atroz que Dios lo insinúe siquiera. No advertimos que esa misma repugnancia nuestra es *\*hija\** de aquella escena. El "detén tu mano" fundó nuestra manera de sentir. Estamos juzgando el relato con la conciencia que el relato ayudó a crear.

## VI. La sangre como pedagogía: la ley de Israel

Queda, sin embargo, una objeción legítima, y es la que cualquier lector atento se plantea. Si el Dios de Abraham detuvo el sacrificio humano, ¿por qué la ley posterior de Israel *\*sí\** contemplaba sacrificios? El altar del templo humeaba de continuo con la sangre de toros, corderos y palomas. ¿No es esto una recaída en la vieja lógica que se había venido a abolir?

La respuesta revela una de las distinciones más finas y más importantes de toda la tradición. Y descansa en dos diferencias radicales: la de la *\*víctima\** y la de la *\*dirección\**.

Sobre la víctima, la ley es tajante y sin excepciones: nunca el ser humano. El sacrificio de niños a Moloc no solo está prohibido, está condenado como la abominación por excelencia. El Levítico y Jeremías fulminan a quien "hace pasar a sus hijos por el fuego". El animal ocupa el lugar que en el paganismo ocupaba el hombre. ¿Por qué esa frontera absoluta? Porque el ser humano está hecho a imagen de Dios. No es una cosa entre las cosas, no es un bien intercambiable, no es capital que se pueda invertir en la compra de favores divinos. Sacrificar al inocente es, precisamente, profanar esa imagen. La dignidad del hombre pone un techo que ningún culto puede romper.

Conviene precisar aquí en qué sentido hablamos de inocencia a lo largo de estas páginas, porque no es el que a veces se supone. No afirmamos que el niño posea una naturaleza sin mancha: la Escritura enseña que todo hombre nace en una condición caída que solo se redime en Cristo. Hablamos de otra cosa, de la inocencia como ausencia de culpa personal. El niño, el no nacido, la víctima del altar no han cometido acto alguno que justifique su muerte. Es el mismo sentido en que la tradición cristiana llama "los inocentes" a los niños que Herodes mandó degollar. Y esa carencia de culpa es, precisamente, lo que vuelve abominable el sacrificio: se le arrebató la vida a quien nada ha hecho para perderla.

Sobre la dirección, la clave está en un versículo del Levítico: "la vida de la carne en la sangre está, y yo os la he dado sobre el altar para hacer expiación". Fíjese el lector en las tres palabras decisivas: \*yo os la he dado\*. En el culto cananeo, el hombre \*arrebata\* una vida y la \*entrega\* al dios para comprarlo, para manipularlo, para forzar su favor. En la ley de Israel ocurre lo contrario: es Dios quien \*concede\* el sistema entero como un don. El sacrificio no es un soborno que sube del hombre al cielo; es un remedio que baja del cielo al hombre. No es el hombre financiando a la divinidad, sino la divinidad proveyendo una cobertura para la falta.

Y aquí el rito adquiere su verdadero sentido: es una pedagogía. La sangre del animal funciona como sustitución. Muere en lugar del culpable, que sería quien merecería la consecuencia de su pecado. El rito enseña, de forma visceral y costosa, una verdad que la humanidad tardaría siglos en digerir: que el mal cuesta vida, que la culpa no se borra con un chasquido, que hay un precio. Pero lo enseña con vida animal, jamás humana. Es un lenguaje para un pueblo que aún es como un niño y necesita signos tangibles — un altar, humo, sangre— para aprender con el cuerpo lo que todavía no comprende con el alma.

De modo que la ley de Israel no es una recaída, sino un paso intermedio de un mismo arco. Del sacrificio humano pagano, que compra al dios, se pasa al sacrificio animal como pedagogía, que enseña el precio del mal sin profanar la dignidad del hombre. La frontera entre el niño y el cordero no es un detalle: es toda la revolución condensada en una regla ritual. Pero incluso este paso intermedio estaba destinado a ser superado. Y quienes empezarían a superarlo serían los propios profetas de Israel.

## **VII. "Misericordia quiero y no sacrificios": del rito a la ética**

Porque llega un momento, dentro de la propia tradición, en que la voz de Dios empieza a relativizar el sistema que Él mismo había concedido. Y lo hace con una audacia que sigue asombrando. Los profetas giran la llave: anuncian que el rito nunca fue el fin, sino apenas el signo; que la sangre del altar apuntaba a algo mucho más hondo, y que sin ese algo más hondo el altar no vale nada.

Isaías abre fuego. En su boca, Dios declara estar harto de la sangre de los toros y del sahumero si las manos que lo ofrecen están manchadas de injusticia: dejad de hacer el mal, aprended a hacer el bien, defended al huérfano, amparad a la viuda. Miqueas lo condensa en una fórmula que es quizá la cumbre de la ética antigua: "¿Qué pide de ti el Señor, sino hacer justicia, amar misericordia y caminar humildemente con tu Dios?". Nótese lo que ha desaparecido de esa frase: el altar. Ya no hay víctima, ya no hay sangre.



Hay conducta. Oseas remata con la sentencia que resume todo el vuelco: "misericordia quiero, y no sacrificios".

No son voces marginales ni herejes. Es la corriente central de la profecía de Israel diciendo que el corazón importa más que el rito. La misma verdad la había proclamado Samuel al rey Saúl —"obedecer es mejor que los sacrificios"— y la repiten los Salmos: sacrificio y ofrenda no quisiste. El punto es demoledor y sigue interpelándonos hoy: se puede cumplir todo el rito y tener el alma podrida. Se pueden degollar mil corderos y seguir explotando al jornalero. El rito sin transformación interior no solo es inútil; es hipócrita, y a los ojos de Dios, ofensivo.

Este es el corazón filosófico de toda la tradición y su aportación más revolucionaria: el desplazamiento del centro de gravedad, del gesto exterior a la ética interior. La religión deja de ser una técnica para manejar a lo divino y se convierte en una exigencia moral sobre el hombre. Ya no se trata de qué le das a Dios, sino de en qué te conviertes tú, y de cómo tratas al más débil que tienes al lado.

Y aquí la tradición cristiana lleva el arco hasta su vértice. Si toda la sangre del Antiguo Testamento era una larga flecha que apuntaba a "misericordia quiero", el cristianismo anuncia que la flecha por fin da en el blanco, y que al dar en el blanco clausura para siempre el sistema. Cristo se presenta como el sacrificio final, el que agota y cierra la lógica sacrificial de una vez por todas. Ya no harán falta más altares, porque aquello a lo que todos los altares apuntaban —la entrega total del amor— se ha cumplido. Pero, y esto es lo decisivo, la dirección queda invertida de manera definitiva. Ya no es el hombre quien sube sangre para saciar a un dios hambriento. Es Dios mismo quien baja y se entrega por el hombre. El sacrificio ya no es apaciguamiento; es donación. La flecha, que durante milenios apuntó hacia arriba, apunta ahora, para siempre, hacia abajo.

## **VIII. El altar vacío: cómo cayó el mundo antiguo**

Que una idea sea más noble no garantiza que triunfe. La historia está llena de verdades vencidas. ¿Cómo, entonces, esta cosmovisión sin ejércitos ni templos ni poder político logró vaciar los altares de un mundo entero que llevaba milenios funcionando de otra manera?

El escenario no era favorable. El culto pagano —romano, griego, oriental— era religión de Estado, oficial, prestigiosa, entretendida con el poder político y sostenida por toda la fuerza del imperio. Los sacrificios seguían humeando en cada ciudad. El César mismo era objeto de culto. Frente a esa maquinaria, el cristianismo naciente era una secta perseguida, sin más armas que su predicación y sin más fuerza que la de sus mártires. Y sin embargo, en unos pocos siglos, los altares antiguos se apagaron.

No ganó por la espada. Ganó por una idea más honda que corroyó por dentro toda la lógica del mundo antiguo. La idea de un Dios que no exige sangre sino que la da; que no clasifica a los hombres por su utilidad ni por su rango, sino que mira exactamente igual al esclavo y al César, a la mujer y al varón, al niño expósito y al patricio. Esa igualdad radical ante Dios era literalmente impensable en la lógica pagana, y una vez sembrada resultó imposible de erradicar.

Basta un ejemplo que une el pasado remoto con las preocupaciones de este ensayo. En el mundo grecorromano existía una forma legal y socialmente aceptada de disponer de la vida infantil: la *\*exposición\**. El padre que no deseaba a un recién nacido —por débil, por deforme, por ser niña, por simple conveniencia económica— podía sencillamente abandonarlo a la intemperie para que muriera o fuera recogido como esclavo. No era un crimen; era una decisión doméstica. La vida del recién nacido dependía de su utilidad y del capricho paterno. Era el tofet con otro rostro, más frío y más burocrático.

Contra esa costumbre, el cristianismo levantó desde el primer momento una condena tajante. Uno de los textos cristianos más antiguos que se conservan, la *\*Didaché\**, ordena sin ambages: no matarás al niño por aborto ni quitarás la vida al recién nacido. Los cristianos recogían a los expósitos que la sociedad tiraba. Cuidaban a los enfermos que los sanos abandonaban. Dignificaban a las mujeres, a los esclavos, a los pobres. No predicaban una teoría abstracta de los derechos: encarnaban una práctica escandalosa según la cual todo ser humano, por el mero hecho de serlo, tenía un valor infinito que ningún cálculo de utilidad podía tocar.

Conviene detenerse en el mecanismo, porque la victoria del cristianismo no fue mágica ni meramente doctrinal: fue también social y visible. Mientras las religiones antiguas ofrecían ritos para aplacar a los dioses pero poco consuelo al que sufría, las comunidades cristianas hicieron algo insólito: cuidar. Cuando las grandes pestes asolaron las ciudades del imperio y los sanos huían abandonando a los enfermos, los cristianos se quedaban a atenderlos, muchas veces a costa de su propia vida. Recogían a los expósitos, sostenían a las viudas, enterraban a los pobres que nadie reclamaba, elevaban la condición de la mujer y del esclavo. No predicaban la dignidad humana como teoría; la practicaban como escándalo. Y esa práctica, más que cualquier argumento, resultó irresistible: la gente se convertía porque veía una forma de vivir que el paganismo no sabía ofrecer.

A ello se sumó el testimonio de los mártires. Un culto se sostiene mientras conviene; una fe por la que hombres y mujeres corrientes aceptan morir sin renegar revela algo que ningún poder puede fabricar. Los perseguidores descubrieron, para su desconcierto, que la sangre de los mártires no apagaba la fe, sino que la propagaba. Y cuando por fin el imperio dejó de perseguir y terminó abrazando la nueva religión, ocurrió lo impen-

sable: el mismo Estado que durante siglos había costado los sacrificios oficiales acabó por prohibirlos por ley. Los altares que humeaban desde tiempos inmemoriales fueron clausurados no por un edicto caprichoso, sino porque la conciencia que los sostenía se había disuelto por dentro. La ley solo certificó una derrota que ya se había consumado en las almas.

Ese fue el ácido que disolvió el mundo antiguo. Y hay un símbolo que lo sella con precisión poética. El valle de Ge-Hinom, a las afueras de Jerusalén —el tofet donde, según los profetas, se quemaban los niños ofrecidos a Moloc—, se convirtió, en el lenguaje bíblico, en \*Gehena\*: el nombre del infierno mismo. El lugar concreto de la mayor abominación se transformó en la palabra que designa todo lo que debe ser rechazado y condenado. La cultura bíblica tomó el sitio del sacrificio infantil y lo hizo sinónimo eterno de la condenación. No hubo veredicto civilizatorio más rotundo.

## IX. El agua en que nadamos: la herencia oculta

Aquí llegamos al punto más incómodo para la sensibilidad contemporánea, y también al más importante. La tesis puede formularse con crudeza: los valores que hoy consideramos autónomos, universales y evidentes por sí mismos —la dignidad inviolable de cada persona, la igualdad fundamental de todos los seres humanos, el deber especial de proteger al débil y al inocente— no son frutos de la razón neutra ni descubrimientos espontáneos de la humanidad. Son frutos de una raíz muy concreta. Son, en un sentido profundo, cristianos.

Quien lo ha argumentado con más fuerza en años recientes no es un apologista ni un predicador, sino el historiador británico Tom Holland, un autor que llegó a esta conclusión desde una posición más bien escéptica y sin haberla buscado. En su obra \*Dominion\*, Holland relata cómo, tras años estudiando el mundo antiguo con admiración, cayó en la cuenta de que sus propios instintos morales —su horror ante la crueldad, su convicción de que los débiles merecen protección, su idea misma de que todo humano posee dignidad— no tenían nada que ver con los valores de Roma o de Grecia, a los que en cierto modo admiraba, sino que procedían enteramente de la revolución cristiana. Su tesis, célebre y provocadora, es que Occidente es cristiano incluso en su manera de ser anticristiano: que los movimientos que hoy combaten al cristianismo lo hacen empuñando armas morales —la compasión, la igualdad, la defensa de la víctima— que el propio cristianismo forjó.

Esa es la metáfora del agua en la que nadamos. Un pez no ve el agua; la da por su puesta, cree que las cosas simplemente son así. Nosotros creemos que la dignidad humana "flota sola", que se sostiene por su propia evidencia, que cualquiera la reconocería. Pero históricamente no floreció sola. Costó siglos, costó sangre de inocentes, costó

una larguísima pedagogía que va del "detén tu mano" hasta "misericordia quiero". La damos por obvia porque alguien pagó el precio de volverla obvia.

Esta intuición no es exclusiva de los creyentes. Quien la formuló con más crudeza fue, precisamente, el más lúcido de los enemigos del cristianismo. Friedrich Nietzsche vio, con una honestidad que a sus propios herederos incomoda, que no se podía dar muerte a Dios y conservar intacta su moral. Comprendió que la compasión por el débil, la igualdad de todos los hombres, la mala conciencia ante la crueldad —todo aquello que él despreciaba como "moral de esclavos"— era invención cristiana, y que, muerta la fe que la sostenía, tarde o temprano habría de tambalearse también ella. A diferencia de tantos que hoy dan por descontada esa moral mientras repudian su raíz, Nietzsche fue coherente: si Dios ha muerto, advirtió, prepárense para las consecuencias. Su profecía era sombría, pero su diagnóstico era exacto.

Basta mirar el catálogo de lo que consideramos evidente para medir la deuda. La convicción de que la esclavitud es una abominación —y no una institución natural, como la tuvieron por obvia Aristóteles y Roma— fue una conquista impensable sin la idea de que todo hombre, esclavo o libre, porta la misma imagen divina. La noción misma de "derechos humanos", universales e inalienables, presupone que cada persona vale infinitamente por el solo hecho de existir, con independencia de su fuerza, su utilidad o su origen. Incluso el impulso a ponerse del lado de la víctima frente al verdugo, tan característico de la sensibilidad moderna, es un reflejo cristiano: ninguna cultura antigua se identificaba de manera espontánea con el crucificado en lugar de con el César. Damos todo eso por sentado. No deberíamos.

De aquí se sigue una advertencia que no es religiosa, sino simplemente lúcida: es posible seguir disfrutando del fruto durante un tiempo después de haber cortado la raíz. El árbol talado no se seca de inmediato; conserva sus hojas verdes unas estaciones. Una cultura puede vivir de un capital moral heredado incluso cuando ha repudiado la fuente de ese capital. Pero no indefinidamente. Cuando una civilización olvida de dónde viene su moral, se vuelve frágil, porque cree que la dignidad del hombre es un dato de la naturaleza y no una conquista que hay que custodiar. Y lo que no se custodia, se pierde. Defender la raíz no es, entonces, nostalgia ni fanatismo: es cuidar el suelo del que sale todo lo demás que decimos apreciar.

## **X. Ecos del tofet: los debates de hoy**

---

Y esto nos devuelve al presente, que es donde toda batalla cultural se libra de verdad. Porque la vieja lógica pagana —la del inocente convertido en medio para el fin de otros— no desapareció con Cartago ni con Tenochtitlan. Aprendió a hablar con lenguaje nuevo. Se cambió de ropa. Y hoy reaparece, con acento moderno y modales limpios,

justo en los bordes de la vida, allí donde el ser humano es más vulnerable y menos capaz de defenderse.

Conviene decir esto con cuidado y sin demagogia, porque la fuerza de un argumento serio está en su precisión, no en su estridencia. No se trata de repartir acusaciones ni de clausurar debates legítimos con anatemas, sino de nombrar con exactitud una estructura que se repite. Y la estructura es esta: siempre que se propone que un ser humano vale por su utilidad, por su viabilidad o por la conveniencia que ofrece a otros —y no por el simple hecho de ser—, resucita, con otro vocabulario, la gramática del sacrificio. Unos pocos pagan, en su cuerpo y en su vida, el supuesto bien de los demás.

El eco más directo del tofet lo encontramos en el debate sobre el aborto. La pregunta de fondo es exactamente la misma que dividía al mundo antiguo del mundo que el cristianismo vino a fundar: ¿es el no nacido una persona portadora de una dignidad que ningún poder puede tocar, o es una vida disponible, moneda de cambio para el proyecto, la libertad o el bienestar de otro? No es casual que los cristianos, desde la \*Didaché\*, hayan unido siempre en una misma condena el aborto y el abandono del recién nacido. Veían con lucidez que era la misma lógica: la del inocente cuya existencia depende de su utilidad para un tercero. La discusión contemporánea puede vestirse de derechos, de autonomía y de progreso, pero la osamenta del dilema es milenaria. Es Ge-Hinom con otro nombre.

En el extremo opuesto de la vida, la misma estructura reaparece en ciertas corrientes en torno a la eutanasia y, más aún, en el lenguaje que empieza a hablar de existencias "sin valor", de vidas "no dignas de ser vividas", de la carga que el enfermo, el anciano o el discapacitado representan para los sanos y los productivos. Cada vez que la utilidad se convierte en el criterio del valor de una vida, la puerta que el cristianismo cerró vuelve a entreabrirse. El paganismo no adoraba a Moloc por maldad gratuita: lo hacía por un cálculo, por un supuesto bien mayor. La tentación de sacrificar al débil "por el bien de todos" es, quizá, la más antigua y la más persistente de las tentaciones humanas.

Conviene ver con precisión la mecánica del argumento, porque casi nunca se presenta con el rostro descarnado del tofet. Nadie propone hoy quemar niños ante un ídolo. Lo que se propone, con lenguaje técnico y aséptico, es redefinir quién cuenta como persona. Ciertas corrientes de la bioética contemporánea sostienen que la dignidad no pertenece al ser humano por el hecho de serlo, sino a quien exhibe determinadas capacidades: conciencia, autonomía, la posibilidad de sentir o de proyectar un futuro. Bajo ese criterio, el no nacido, el recién nacido, el enfermo terminal o el anciano con demencia dejan de ser sujetos plenos y pasan a ser vidas cuya conservación depende de un cálculo. La categoría de "persona" se separa de la de "ser humano", y en esa grieta cabe todo.

Es exactamente la vieja lógica con instrumental nuevo. El paganismo preguntaba qué valor tenía una vida para los dioses o para la ciudad; la modernidad utilitaria pregunta qué valor tiene para el bienestar agregado, para la economía o para la autonomía de un tercero. En ambos casos el fundamento es el mismo: el ser humano vale por lo que sirve, no por lo que es. Y en ambos casos son los más indefensos —los que no pueden argumentar, votar ni resistir— quienes pagan la factura. Cambió el altar; no cambió el principio.

Hay, por último, un eco más sutil y más peligroso que cualquiera de los anteriores, porque es la condición de posibilidad de todos ellos: el olvido. La cultura que da por sentada la dignidad humana, que la cree evidente y autosostenida, es precisamente la que está en mayor riesgo de perderla, porque ha dejado de custodiar sus fundamentos. Cree que el fruto crecerá para siempre aunque nadie riegue la raíz. Y ese olvido no es neutro: es el terreno donde la vieja lógica vuelve a germinar sin que nadie la reconozca, porque ya nadie recuerda contra qué se luchó. La batalla cultural de fondo, la que verdaderamente importa, no es la de un tema aislado. Es la de si Occidente recordará o no de dónde viene aquello que dice amar.

## **XI. Conclusión: cuidar la raíz**

Recorrimos un arco largo. Empezamos en las urnas del tofet y en el sol hambriento de los mexicas; pasamos por la mano detenida de Abraham, por el cordero que sustituye al niño, por los profetas que anteponen la misericordia al rito, por el altar que se vacía y por el valle maldito que se vuelve nombre del infierno; y desembocamos en los debates de nuestro propio tiempo, donde la vieja lógica del sacrificio regresa disfrazada de modernidad.

El hilo que une todo ese recorrido es una sola convicción, la más radical que el mundo antiguo jamás escuchó: que el inocente no es moneda de cambio para ningún poder. Que el niño no se ofrece, que el débil no se descarta, que la dignidad de la persona pone un límite que ni el Estado, ni el mercado, ni la tribu, ni los dioses pueden traspasar. Nos parece obvia porque la heredamos. Pero es la roca más honda y más costosa de la civilización occidental, y no se sostiene sola.

De ahí que defender esa herencia no sea una tarea del pasado, sino la más urgente del presente. No se trata de una añoranza sentimental por tiempos idos, ni de un intento de imponer creencias por decreto. Se trata de algo mucho más elemental: de reconocer el suelo que pisamos y de cuidarlo, porque de ese suelo brota todo lo demás que decimos apreciar —la libertad, la igualdad, el amparo del vulnerable—. Quien corta la raíz no cosecha independencia; cosecha, a plazo, la pérdida del fruto.

La escena fundacional sigue tan vigente como hace cuatro mil años. Sobre cada altar donde alguien está a punto de convertir a un inocente en medio para su fin, la misma voz sigue diciendo lo mismo: \*detén tu mano\*. Recordar esa voz, transmitirla, volverla otra vez sentido común para las nuevas generaciones —esa es, en el fondo, toda la batalla. Y es una batalla que se gana, como se ganó la primera vez, no con la espada, sino con una idea mejor, sostenida con firmeza y sin miedo.



# **ACCIÓN CONSERVADORA POR MÉXICO**

Principios para un México con esperanza

SERIE FE Y ESPACIO PÚBLICO

[accionconservadora.org](http://accionconservadora.org)